ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA APERTURA

DE LA SOCIEDAD PATRIÓTICA

LA TARDE DEL 13 DE ENERO

DE 1812.

AÑO TERCERO DE LA LIBERTAD

DE LA AMERICA DEL SUD:

POR EL CIUDADANO

Dr. JOSÉ BERNARDO DE MONTEAGUDO.



BUENOS=AYRES.

EN LA IMPRENTA DE NIÑOS EXPÓSITOS.

ARENGA PREVIA

Á LA ORACION INAUGURAL.

Ciudadanos congregados por el amor á la patria: quando yo veo elevada la primera tribuna en la capital de las provincias unidas del Rio de la Plata, y autorizada por el sufragio universal la empresa mas digna del espíritu público, no dudo que los votos de los hombres libres se cumplirán felizmente aunque giman los tiranos, y se estremezcan de colera. Si calculamos las ventajas de esta institucion por los fines que se propone, creo que este dia debe ser tan memorable entre nosotros como el 25 de mayo de 810 y el 23 de setiembre de 811. Yo felicito á la patria, felicito á los buenos ciudadanos, y me felicito á mi mismo al ver esta nueva asamblea presidida por el espíritu público numen tutelar de las almas grandes, consagrada desde hoy á cimentar la obra del heroismo. Pueblo americano, pueblo americano: *desplegad por todas partes vuestra energía á vista de este exemplo, resuene en todo nuestro vasto continente austral el eco de la* LIBERTAD, *y el clamor insinuante de la patria penetre todo corazon sensible. Burlemos los deseos de nuestros injustos enemigos, apoyemos la esperanza de nuestros hermanos, aseguremos el destino de nuestra posteridad, y eternizemos la memoria de este dia por medio de un solemne juramento cívico de sostener con la sangre de nuestras venas la igualdad, seguridad, propiedad y* LIBERTAD.





Mallo periculosam libertatem, quam quietum servitium.

Yo prefiero una procelosa libertad á la esclavitud tranquila.
Lepid. arenga al pueblo romano.

EXORDIO.

Aislado el hombre en su primitivo estado, y reducido al estrecho círculo de sus insuficientes recursos, buscó en la sociedad de sus semejantes el apoyo de su precaria existencia, y bien presto la necesidad sancionó la union reciproca que anhelaba el instinto. Mas apenas conoció las primeras ventajas de esta asociacion, quando ya sintió sus inconvenientes y peligros: el mas fuerte, el mas sagaz de los asociados hizo los primeros ensayos de la tirania, y el débil resto empezó á preparar con su obediencia pasiva la materia de que se habia de formar despues el primer eslabon de la cadena de los mortales. La sociedad hizo progresos, el hombre satisfizo sus necesidades, encontró lo útil, descubrió lo agradable, y calculó que podria dilatar con el tiempo la esfera de sus placeres. Cada dia daba un paso en sus adquisiciones, y retrogradaba en sus recursos, porque sus urgencias se multiplicaban en razon de aquellas: crecian sus apetitos, pululaban sus pasiones, y su inexperta razon fluctuaba en la impotencia de satisfacerlas. En este contraste empezó el hombre á inventar recursos, y combinar sus fuerzas con los primeros medios que le sugeria su limitado y naciente ingenio. El error presidió sus primeros ensayos, y en el embrion de sus combinaciones descubrió ya el germen de sus vicios, resultado preciso de su ignorancia; porque la perversidad no es sino el efecto de un falso cálculo. Por último emprendio el crímen sin preveer sus consecuencias, y su corazon recibió entonces diferentes impresiones que fixaron la época de su corrupcion y de su infelicidad.

Ofuscado ya el espíritu humano, y viciada su complexion moral, se familiarizó con los atentados, y puso por ley fundamental de su primer código la fuerza y la violencia. En este periódo la raza de los hombres se multiplicaba ya por todas partes, y de las primeras sociedades empezaron á formarse

sucesivamente reynos, imperios, y numerosas asociaciones. La tierra se pobló de habitantes; los unos opresores y los otros oprimidos: en vano se quejaba el inocente; en vano gemia el justo; en vano el débil reclamaba sus derechos. Armado el despotismo de la fuerza, y sostenido por las pasiones de un tropel de esclavos voluntarios, habia sofocado ya el voto santo de la naturaleza, y los derechos originarios del hombre quedaron reducidos á disputas, quando no eran combatidos con sofismas. Entonces se perfeccionó la legislacion de los tiranos; entonces la sancionaron á pesar de los clamores de la virtud, y para acabar de oprimirla llamaron en su auxîlio el fanatismo de los pueblos, y formaron un sistéma exclusivo de moral, y religion que autorizaba la violencia, y usurpaba á los oprimidos hasta la libertad de quejarse, graduando el sentimiento por un crímen.

Mientras el mundo antiguo envuelto en los horrores de la servidumbre lloraba su abyecta situacion, la América gozaba en paz de sus derechos, porque sus filantropos legisladores aun no estaban inficionados con las máxîmas de esá política parcíal, ni habian olvidado que el derecho se distingue de la fuerza como la obediencia de la esclavitud; y que en fin la soberania reside solo en el pueblo, y la autoridad en las leyes, cuyo primer vasallo es el principe. No era facil permaneciesen por mas tiempo nuestras regiones libres del contagio de la Europa en una época, en que la codicia descubrió la piedra filosofal, que habia buscado inutilmente hasta entonces. Una religion cuya santidad es incompatible con el crímen sirvió de pretexto al usurpador. Bastaba ya enarbolar el estandarte de la cruz para asesinar á los hombres impunemente, para introducir entre ellos la discordia, usurparles sus derechos, y arrancarles las riquezas que poseian en su patrio suelo. Solo los climas estériles donde son desconocidos el oro y la plata, quedaban exêntos de este zelo fanático y desolador. Por desgracia la América tenia en sus entrañas riquezas inmensas, y esto bastó para poner en accion la codicia, quiero decir el zelo de Fernando é Isabel que sin demora resolvieron tomar posesion por la fuerza de las armas, de unas regiones á que creian tener derecho en virtud de la donacion de Alexandro 6º, es decir, en virtud de las intrigas y relaciones de la corte de Roma con la de Madrid. En fin las armas devastadoras del rey

católico inundan en sangre nuestro continente; infunden terror á sus indígenas; los obligan á abandonar su domicilio, y buscar entre las bestias feroces la seguridad que les rehusaba la barbarie del conquistador.

Establecida por estos medios la dominacion española se aumentaban cada dia los eslabones de la cadena que ha arrastrado hasta hoy la América, y por el espacio de mas de 300 años ha gemido la humanidad en esta parte del mundo sin mas desahogo que el sufrimiento, ni mas consuelo que esperar la muerte, y buscar en las cenizas del sepulcro el asilo de la opresion. La tiranía, la ambicion, la codicia, el fanatismo han sacrificado millares de hombres, asesinando á unos, haciendo á otros desgraciados, y reduciendo á todos al conflicto de aborrecer su exîstencia, y mirar la cuna en que nacieron como el primer escalon del cadalso donde por el espacio de su vida habian de ser victimas del tirano conquistador. Tan enorme peso de desgracias desnaturalizó á los americanos hasta hacerlos olvidar que su LIBERTAD era imprescriptible: y habituados á la servidumbre se contentaban con mudar de tiranos sin mudar de tiranía. En vano de quando en quando la naturaleza daba un grito en medio de la América por boca de algunos héroes intrépidos: un letargo profundo parecia ser el estado natural de sus habitantes, y si alguno hablaba, luego caia sobre su cabeza el homicida anatema del rey, ó de sus ministros; y los buenos deseos de los corazones sensibles doblaban la desgracia y la humillacion de los demas.

Las edades se sucedian, las revoluciones del globo mostraban la instabilidad del trono de los déspotas, y solo la América parecia estar destinada á servir de eterno pábulo á la tiranía exâltada, hasta que presentandose sobre la escena del mundo un político y feliz guerrero, cuyos triunfos igualan el número de sus empresas, y á quien con razon hubiera mirado la ciega gentilidad como al Dios de las batallas; concibe el gran designio de regenerar á esta nacion degradada por la corrupcion de su córte, enervada por las pasiones de sus ministros y reducida por la ignorancia á una estupida apatía que no le dexaba accion sino para aniquilar lo que ya habia destruido su codicia. Lo consigue por medio de la fuerza combinada con la persuasion é intrigas de los mismos españoles, y el leon de tan decantada bravura rinde la cerviz á las armas

del emperador. Llegan las primeras noticias á la América, y al modo que un fenómeno incalculado pone en entredicho las sensaciones del filosofo, quedan todos al primer golpe de vista poseidos de una sorpresa, que en los unos produce luego el pavor y en otros la confianza. Los hombres se preguntan con asombro ¿qué hay de nuevo? Y todos buscan el silencio para contestar que pereció la España, y se disolvió ya la cadena de nuestra dependencia. No importa que busquen todavia el silencio y la sombra para respirar, en breve serán todos intrépidos, y solo temblarán los que antes infundian terror al humilde americano.

Asi sucedió á poco tiempo: empezó nuestra revolucion, y en vano los mandatarios de España ocurrirán con mano tremula, y precipitada á empuñar la espada contra nosotros: ellos erguian la cabeza, y juraban apagar con nuestra sangre la llama que empezaba á arder; pero luego se ponian palidos al ver la insuficiencia de sus recursos. La Plata rasgó el velo; la Paz presentó el quadro; Quito arrostró los suplicios; Buenos-Ayres desplegó á la faz del mundo su energía, y todos los pueblos juraron sucesivamente vengar la naturaleza ultrajada por la tiranía

Ciudadanos, hé aqui la época de la salud: el orden inevitable de los sucesos os ha puesto en disposicion de ser libres si quereis serlo: en vuestra mano está abrogar el decreto de vuestra esclavitud y sancionar vuestra independencia. Sostener con energía la magestad del pueblo; fomentar la ilustracion y las virtudes; estos son los medios de conseguirlo, y tales deben ser los objetos de esta sociedad patriotica, que sin duda hará época en nuestros anales, si como yo lo espero fixa en ellos los esfuerzos de su zelo y amor público. Analizemos la importancia de esta materia.

ARTICULO PRIMERO.

No habrian tiranos si no hubieran esclavos, y si todos sostubieran sus derechos, la usurpacion seria imposible. Luego que un pueblo se corrompe pierde la energía, porque á la transgresion de sus deberes es consiguiente el olvido de sus derechos, y al que se defrauda lo que se debe á sí proprio le es indiferente el ser defraudado por otro. Quando veo á Roma libre producir tantos héroes como ciudadanos, quando

veo al tribuno, al consul, al dictador sacrificarse en las calamidades públicas á las furias infernales por medio de una augusta y terrible ceremonia; quando veo que el espíritu público forma el patrimonio de un romano; quando veo el pabellon de la republica en toda la Italia, en una parte de la Sicilia, en la España, en las Gaulas y aun en la Africa: infiero desde luego que en Roma no puede haber un usurpador, por que veo que el pueblo sostiene sus derechos y respeta sus deberes; pero quando veo que cada magistrado es un concusionario, que solo el dinero y la intriga elevan los pretendientes á las sillas curules, que las legiones de la republica no son ya sino las legiones de los Procéres, y que los ciudadanos no tratan sino de hacer un trafico vergonzoso de sus derechos, no dudo que se acerca la época de Augusto, y el fin de la republica.

Un usurpador no es mas que un cobarde asesino que solo se determina al crimen, quando las circunstancias le aseguran la execucion y la impunidad; teme la sorpresa, y procura prevenir el descuido: la energía del pueblo lo arredra, y así espera que llegue á un momento de debilidad, ó caiga en la embriaguez febril de sus pasiones: él conoce que mientras la LIBERTAD sea el objeto de los votos públicos, sus insidias no harán mas que confirmarlas, pero que quando en las desgracias comunes cada uno empieza á decir, „yo tengo que cuidar mis interéses„, este es el instante en que el tirano ensaya sus recursos, y persuade facilmente á un pueblo aletargado que la fuerza es un derecho: todas las demas consecuencias proceden de este principio, pero es imposible que las armas lo sancionen si la debilidad del pueblo no lo autoriza: en vano se presentarán en Atenas 30 tiranos para usurpar la autoridad por la fuerza, ellos podrán por el espacio de 8 meses hacer temblar á la virtud, y sacrificar á 1500 ciudadanos, privandolos aun de los obsequios funebres, pero mientras los atenienses amen la LIBERTAD, y el pueblo no degenere por la corrupcion, Atenas será libre, y no faltará un Tracibulo que restablezca la magestad del pueblo. No lo dudemos; mientras este sostenga sus derechos, los tiranos harán vanas tentativas, y donde crean elevar su trono no harán mas que encontrar su sepulcro.

Pero todo pueblo ilustrado, ó barbaro, guerrero, ó paci-

fico, virtuoso, ó corrompido necesita una causa que lo mueva, y un agente que lo determine: él se entregaria á impresiones ciegas y desordenadas en el momento que le faltase un principio determinante de sus acciones: él necesita que los que mejor conocen sus interéses lo ilustren, y sabe muy bien que aunque no es facil se corrompa su corazon, podria vacilar su suerte en los peligros, fluctuar su prosperidad en la paz, y ver amenazada su exîstencia por la fuerza ó la anarquia. Prevenido de este instinto busca siempre en los conflictos una mano que lo sostenga, y corre con entusiasmo donde lo llama el heroe que le ofrece salvarlo: si poseido este del amor á la gloria emprende cosas grandes, su exemplo le hace sentir luego hasta que grado de fuerza puede elevarse su virtud, y comunicándose á la multitud la energía del individuo llega á fixar su destino.

Ningun pueblo ha derogado, ni puede derogar sus derechos; su propension á la salud pública es una necesidad que resulta de su organizacion moral, y su amor á la independencia es tanto mayor, quanto es mas intimo el convencimiento que tiene de su propia dignidad: él la sostendrá con sus fuerzas físicas, si el que dirige su opinion desenvuelve esta aptitud. Al hombre ilustrado toca este deber, y sus luces son la medida de los esfuerzos con que debe contribuir. Hé aquí como insensiblemente hé venido á fixar la regla que debe formar el espíritu de una institucion que empieza en este memorable dia, y llegará á ser en breve el seminario de las virtudes públicas.

Yo no dudo que si hubiera sido compatible con el sistéma antiguo la exîstencia de un solo hombre capaz de hacer conocer á los pueblos de América su dignidad, el periódo de la opresion acaso no hubiera sido mas durable que el de la sorpresa que causó en ellos la irrupcion de Hernan Cortes y Pizarro; pero un plan reflexîvo de tiranizar fulminaba ya terribles anatemas contra todos los que tenian alguna influencia en la multitud, y no le inspiraban ideas de envilecimiento y servidumbre, ni le hacian entender que debian mirar como un don del cielo las cadenas que arrastraba: obedecer á la fuerza como á una ley sagrada, respetar la esclavitud como un deber natural, y no conocer otra voluntad que la de un déspota á quien la preocupacion hacía inviolable. Esta ha sido

la causa que ha perpetuado hasta nuestros dias el sistema colonial de la peninsula: los pueblos habian olvidado su dignidad, y ya no juzgaban de sí mismos sino por las ideas que les inspiraba el opresor.

Confirmada por la experiencia la causa de nuestros males es tiempo de repararlos, destruyendo en los pueblos toda impresion contraria á la inviolabilidad de sus derechos. Yo tengo la complacencia de esperar que la sociedad patriótica contraerá todos sus esfuerzos á este objeto, considerandolo como una de sus primordiales obligaciones: ella debe por medio de sus memorias y sesiones literarias grabar en el corazon de todos esta sublime verdad que anuncia la filosofia desde el trono de la razon; *la soberania reside solo en el pueblo, y la autoridad en las leyes*: ella debe sostener que la voluntad general es la única fuente de donde emana la sancion de estas y el poder de los magistrados: debe demostrar que la magestad del pueblo es imprescriptible, inalienable, y esencial por su naturaleza; que quando un injusto usurpador la atropella, y se lisonjea de empuñar un cetro que se resiente de su violencia, y ofrece á la vista de todos el proceso abreviado de sus crimenes, no hace mas que poner un precario entredicho al exercicio de aquella prerogativa, y paralizar la convencion social mientras dure la fuerza, sin debilitar un punto los principios constitutivos de la inmunidad civil que caracteriza, y distingue los derechos del pueblo.

Quando la América esté firmemente convencida de estas verdades, y olvide esos inveterados errores que una moral exclusiva y parcial ha convertido en dogmas inconcusos, ocurriendo á la autoridad del tiempo en defecto de la sancion de las leyes, para persuadir que la justicia era el apoyo de sus principios: quando la América conozca que el santo código de la naturaleza es uno é invariable en qualquier parte donde se multiplica la especie humana, y que son iguales los derechos del que habita las costas del Mediterraneo, y del que nace en las inmediaciones de los Andes: quando recuerde su antigua dignidad, y reflexîone que sus originarios legisladores conocieron de tal modo los imprescriptibles derechos del hombre, y la naturaleza de sus convenciones sociales, que considerandose siempre como los primeros ciudadanos del estado,

y los mas inmediatos vasallos de la ley, no miraban en el pueblo que les obedecia sino la primera fuente de su autoridad, sin embargo de que su origen podia hacerles presumir que su misma cuna les daba derecho al trono: quando la América entre á meditar lo que fue en los siglos de su independencia; lo que ha sido en la época de su esclavitud, y lo que debe ser en un tiempo en que la naturaleza trata ya de recobrar sus derechos; entonces deducirá per conseqüencia de estas verdades, que siendo la soberania el primer derecho de los pueblos, su primera obligacion es sostenerla, y el supremo crimen en que puede incurrir será por consiguiente la tolerancia de su usurpacion. Todo derecho produce un deber relativo de sostenerlo, y la omision es tanto mas culpable, quanto es mas importante el derecho: cada uno de los que tengan parte en él es reo delante de los demas si dexa de contribuir á su conservacion. Yo bien sé que los miembros de esta naciente sociedad están penetrados de estos principios, y que su conducta vá á formar la mejor apología de ellos: bien sé que uno de los motivos determinantes de esta reunion patriótica ha sido analizar, y conocer á fondo las preeminencias del hombre, los derechos del ciudadano, y la magestad del pueblo, pero es imposible sostenerla sin ilustrarlo sobre los principios de donde deriva, sobre la teoría en que se funda, y sobre los elementos del código sagrado de la naturaleza, última sancion de todos los establecimientos humanos. Pero si el error y la ignorancia degradan la dignidad del pueblo disponiendolo á la servidumbre, la falta de virtudes lo conduce á la anarquia, lo acostumbra al jugo de un déspota perverso, á quien siempre ama la multitud corrompida; porque la afinidad de sus costumbres asegura la impunidad de sus crimenes reciprocos. Nada importaria que desempeñase la sociedad aquel primer objeto, si prescindiese de estos dos últimos: el silencio respecto de ellos haria quimerica toda reforma, é inverificable todo plan; y las medidas que se adoptasen serían tan fragiles como sus principios.

ARTICULO SEGUNDO.

La ignorancia es el origen de todas las desgracias del hombre: sus preocupaciones, su fanatismo y errores, no son sino las inmediatas conseqüências de este principio sin ser por esto las únicas. Yo no pretendo probar que todo pueblo ignorante sea precisamente desgraciado; porque encuentro á cada paso en la historia del genero humano exemplares de varios pueblos que han sido felices hasta cierto punto en medio de su misma barbarie. Tampoco me hé propuesto combatir al ciudadano de Ginebra demostrando que el progreso de las ciencias no ha contribuido á corromper las costumbres, sino antes bien á rectificarlas: dexemos á la academia de Dijon que exâmine este problema, mientras la experiencia lo decide sin necesidad de ocurrir á razonamientos sutiles.

Los sentimientos del corazon son el termómetro que descubre la infancia ó madurez, la debilidad ó el vigor; la rectitud ó corrupcion de la razon. Sus progresos en el bien ó el mal tienen como todas las cosas su principio, su auge y su ruina, periodos consiguientes á la debilidad de todo ser limitado que no puede llegar sino por grados al estremo del vicio ó la virtud. Quando yo veo á un pueblo estúpido envuelto en las tinieblas del error; observo sin embargo que nada ha podido sofocar el instinto que lo arrastra á la felicidad, y que en medio de sus inveteradas preocupaciones él tiene una invencible propension á mejorar su destino. Sus mismos errores son una prueba de ello: incapaz de conocer el bien ó el mal por su ignorancia delira en sus opiniones, confunde sus principios, invierte el orden de sus ideas, respeta sus caprichos, adopta sistémas estravagantes y llega á poner el crímen en el rango de las virtudes, lisonjeandose de haber encontrado la verdad quando mas se ha alejado de ella. Este es el momento en que eclipsadas ya todas las nociones, é incontrastable en el error solo gusta de lo que puede apoyar y perpetuar sus preocupaciones: entonces se consagra al fanatismo, porque en él encuentra la sancion de sus errores: fanático al principio por debilidad y luego por costumbre adora la obra de su delirante imaginacion; mira los prestigios como misterios; su degradacion como una virtud heroyca, y el

plan de sus pasiones, de sus inepcias y caprichos viene á ser la moral que reconoce.

Hé aqui ya un pueblo que para ser esclavo no necesita sino que se le presente un tirano: ignorante, preocupado y fanático él no puede apreciar la LIBERTAD, porque habituado á sujetar todos sus juicios á un sofista que mira como oráculo, y limitando el exercicio de su voluntad á una obediencia servil, fixa su felicidad en poner trabas á sus ideas, en aislar sus sentimientos, y en encadenar sus facultades, como si su destino no fuese otro que abrumar su debilidad con un juego voluntario. Tales son los efectos de la ignorancia, tales sus progresos y resultados. Yo no necesito confirmar mis razonamientos con exemplos: si ellos estan fundados en la naturaleza de las cosas, si la historia del hombre los justifica, escusado sería inculcar sobre la conducta de los tiranos último comprobante de lo que hé afirmado: escusado sería multiplicar reflexîones para probar que la ilustracion es un crímen en su arbitraria legislacion: escusado sería recordar las expresas prohibiciones que nos sujetaban hasta hoy á una humillante y funesta ignorancia: escusado sería irritar nuestro furor al vernos despues de tres siglos sin artes, sin ciencias, sin comercio, sin agricultura, y sin industria, no teniendo en esto otro objeto el gobierno de España que acostumbrarnos al embrutecimiento, para que olvidasemos nuestros derechos y perdiesemos hasta el deseo de reclamarlos.

Si la ignorancia es el mas firme apoyo del despotismo, es imposible destruir este sin disipar aquella: mientras subsista esa madre fecunda de errores serán puestos en problema los mas incontrovertibles derechos, ó se confundirán con los mas perniciosos abusos, resultado no menos funesto que el primero. De aqui procede que muchos creen amar la LIBERTAD, quando solo buscan el libertinage, olvidando que aquella no es sino el derecho de obrar lo que las leyes permiten, como lo demuestra un escritor del siglo de Luis XIV. Propenso el hombre á abusar de sus mismas preeminencias se lisonjea siempre de encontrar en ellas la salvaguardia de sus crimenes, y cree vulnerados sus derechos, quando se trata de fixarles el término moral que los circunscribe, ó quando se le advierte el precipicio á que conduce su abuso: infatuado por el error atro-

pella la autoridad de la razon, y prostituyendo sus derechos los destruye, y mira como á un opresor al que quiere sujetarlo en la esfera de sus deberes. Por desgracia el corazon llega á ser complice en estos delirios, y entonces la reforma es mas dificil, pero todo el mal procede de un principio. Incierta y vacilante la razon entre el error y la ignorancia, degeneran sus ideas, y el bien ó el mal causan iguales impresiones en la voluntad, porque el instinto moral que sigue en sus movimientos, la vicia por su propia contradiccion, y la seduce con ambiguos y prestigiosos impulsos.

Bien sé que otras causas contrarias han producido muchas veces los mismos efectos; por desgracia los mas saludables remedios que sugiere la filosofia para curar las enfermedades del género humano, empeoran su miserable destino, y doblan el fardo pesado de sus desgracias quando se quiere derogar la naturaleza de las cosas, en vez de reparar sus accidentales vicios. La ilustracion es el garante de la felicidad de un estado, pero quando llega á generalizarse en todas sus clases, quando el refinamiento de las ideas se sostituye á la exâctitud y solidéz; quando el invariable sistéma de la naturaleza es atacado y controvertido por la osadía seductora de las opiniones de los sabios innovadores, entonces el remedio es peor que el mal, y si antes las tinieblas ocultaban la verdad, la demasiada luz propagada indiscretamente deslumbra los ojos de la multitud, y semejante al que sale de un obscuro recinto á recibir de golpe las vivas impresiones que comunica el sol en medio de su carrerra, confunde la realidad de los objetos con sus facticias especulaciones, y corre en pos de bellezas imaginarias que se alejan de él quanto mas se empeña, al modo que el término del horizonte sensible que siempre huye del que pretende saciar la vista con su inmediacion. Quizá fue esta una de las causas que frustraron en nuestros dias el plan suspirado de una nacion siempre grande en sus designios. La ilustracion era casi general, y las ideas apuradas por esos genios sublimes que desde el reynado de Luis el grande preparaban la ruina del último Capeto, habian conducido los espiritus á un grado de prepotencia que todos se creian con derecho á ser xefes de partido. Cada uno consideraba la esfera de sus conocimientos mas dilatada que la de los demas, y el espiritu exclusivo mul-

tiplicaba las facciones á propo rcion de los sabios que se sucedian. Pululaban sectas y partidos en todas partes, pero la nulidad é insuficiencia era el carácter de unas y otras: entonces la desolacion y el incendio pusieron término á los progresos del delirio, y pasando de un extremo á otro elevaron un trono colosal sobre las ruinas del que acababan de destruir, olvidando que, poco antes juraron un odio eterno, y perdurable á todos los tiranos de la tierra.

Tan funesta ha sido algunas veces la influencia de la razon exâltada, y envanecida por la rapidez de sus progresos: parece que nuestra estirpe está condenada á ser siempre miserable, ya quando se arrastra humildemente en las sombras de la ignorancia, ya quando se sobrepone á los errores, y enarbola con vanidad el pabellon de la filosofia. Á pesar de tan misteriosas contradicciones, es mas vergonzoso que dificil, reducir á un solo principio, el origen de esta sucesion de males. La ignorancia degrada á el hombre, el error le hace desgraciado, la ilustracion llega á extraviarlo quando conspira con sus pasiones dominantes á ocultarle la verdad, y conducirlo al precipicio con brillantes engaños. El corazon humano tiene un odio natural al vicio, y mira con pánico terror las desgracias á que le conduce: pero luego que se le disfraza la deformidad de aquel, y se le oculta el tamaño natural de estas, depone sus sentimientos naturales, y se entrega con insolente complacencia al nuevo impulso que recibe. La conseqüencia de estos principios es de muy facil ilacion: el error precipita al ignorante, y la corrupcion al sabio. Desgraciado el pueblo donde se aprecia la estupidéz, pero aun mas desgraciado aquel donde los vicios se toleran como costumbres del siglo. (a) Concluyamos que es preciso ilustrar al pueblo, sin dexar de formarlo en las costumbres, porque sin estas toda reforma es quimerica, y los remedios llegarán á ser peores que el mismo mal.

Bien sé que si por desgracia, son demasíado tardíos los progresos del entendimiento humano, no son menos los de sus costumbres. Solo una buena legislacion auxîliada por la naturaleza del clima, por la indole de sus habitantes, y por el curso del tiempo ha podido algunas veces formar un pueblo

(a) *Quæ fuerunt vitia, mores sunt.* Seneca.

mas ó menos moral, y acostumbrarlo á las impresiones *de la virtud.* La perfeccion de esta obra es, el resultado preciso de un complexo de circunstancias casi independientes de los esfuerzos del filosofo. Sin embargo los preceptos animados del exemplo llegan tambien á usurpar el imperio del hábito fortificado por el tiempo. No hay empresa tan ardua que no pueda superarla un valor irritado, firme, prudente, y emprendedor. Sí por fortuna concurren algunos genios cuyo destino parece ser la reforma de su especie, entonces la ilustracion triunfa de los errores, y las virtudes de la corrupcion, fundando una armonia entre la fuerza del espiritu, y el influxo de una voluntad reglada. Pero esta siempre fue la obra de muchas fuerzas combinadas, porque dificilmente produce cosas grandes el hombre aislado: su genio, su carácter, su talento, todo permanece circunscripto al círculo de si mismo, y solo en la union con sus semejantes descubre lo que es en si, y lo que puede influir en ellos. Entonces todos participan de los deseos, de las luces, de las afecciones, y aun de los transportes del que se agita por un grande interés: esta comunicacion de ideas será mas feliz en sus efectos quando sea reciproca en los individuos asociados, como es justo, y honroso esperarlo de esta naciente sociedad. Todos sus miembros se hallan penetrados de iguales sentimientos, de iguales deseos: su sensible corazon vá á desplegar todo su ardor, y su alma se dispone á derramar el entusiasmo que la inunda, sin que pueda haber un espectador indiferente de la energia que anuncían sus semblantes. Este vá á ser el seminario de la ilustracion, el plantél de las costumbres, la escuela del espiritu público, la academia del patriotismo, y el órgano de comunicacion á todas las clases del pueblo. Las tinieblas de la ignorancia se disiparán insensiblemente, se formarán ideas exâctas de los derechos del pueblo, de las prerogativas del hombre, y de las preeminencias del ciudadano: las virtudes públicas preservarán el corazon del pueblo de toda corrupcion, y no darán lugar á el abuso de su restaurada LIBERTAD: todos estos efectos deben esperarse del ardoroso empeño con que la sociedad vá á consagrar sus desvelos, y tareas á ilustrar la opinion pública, y depurarla de los errores, y vicios que inspira la esclavitud.

—

Ciudadanos congregados, por la salud pública: hé detallado segun mis limitados conocimientos, y acomodandome á la premura del tiempo los objetos que deben fixar vuestro zelo; pero solo mis ardientes deseos podrán ser el suplemento de las faltas que haya cometido. Bien sé que mis palabras nada añadirán á vuestra energía; ella sola mudará desde hoy el aspecto político de nuestros negocios: dexad que los peligros se amontonen para abrumar la exîstencia de los hombres libres, dexad que la rivalidad de un pueblo vecino sirva de apoyo á la ambicion de una potencia inerme que obtiene el último rango entre las naciones, dexad que el tirano del Perú calcule su engrandecimiento sobre nuestra ruina. La influencia que desde hoy va á recibir de vosotros este pueblo inmortal, teatro de los grandes sucesos, asegurará el exîto feliz de los fuertes conflictos en que nos vemos. La sociedad patriotica salvará la patria con sus apreciables luces, y si fuese preciso correrá al norte y al occidente como los atenienses á las llanuras de Marathon y de Platea, resueltos á convertirse en cadaveres, ó tronchar la espada de los tiranos. Ciudadanos, agotad vuestra energía y entusiasmo hasta ver la dulce patria coronada de laureles, y á los habitantes de la América en pleno goze de su augusta, y suspirada INDEPENDENCIA.

Pag. 5 lin. 34 dice *esta nacion*: lease *esa nacion*.

